



Embajadas Sax





***Centinela y Jefe cristiano, en el castillo.
Embajador moro, montado a caballo.***

EMB.- ¡Ah del muro!

CENT.- ¿Quién llama?

EMB.- Quien te estima, quien desea ser tu amigo, un moro que te saluda.

CENT.- De tu nación, jamás he tenido amigos ni me acomodan.

EMB.- ¡Ah!, no conoces lo fino de los pechos mahometanos, que desprecias sin motivo.

CENT.- Cuando vosotros tratáis al cristiano con cariño, algún interés os llama.

EMB.- Engañado has discurrido, pues hoy vengo solamente a buscar tus beneficios.

CENT.- Beneficios de tu mano, los detesto y abomino.

EMB.- ¡Ah!, qué engañado que vives; tú mudarás de designio cuando sepas mi intención. Di al Jefe de ese castillo que salga, que quiero hablarle.

CENT.- Aquí llega ya el caudillo.

JEFE.- ¿Quién llama?

EMB.- Quien te estima, quien desea siempre ser tu amigo.

Alá te guarde, español, y te conserve en su gracia los años que vive el Fénix en agravio de la Parca. Mas..., guardando los elogios que tu persona bizarra se merece porque todos son muy dignos de alabanzas, paso luego a proponerte una amistosa embajada.



JEFE.- Ya penetro, noble moro, tu intención y tus designios; di tu embajada, advirtiéndote que soy español altivo y tengo poca paciencia para escuchar desatinos.

EMB.- El gran sultán Mahomet, mi poderoso monarca, a quien rinden vasallaje tantas testas coronadas.

Africa, Asia y Europa ven en su trono sentadas, rey de la hermosa Sevilla, de Cádiz, Jaén, Granada, Córdoba, Murcia, Valencia, Gibraltar, Ceuta y Alhama; y, en fin, por no ser molesto, señor de cuanto comanda desde el Pirineo helado hasta las costas saladas que altivo el Océano lame y el Mediterráneo baña.

A ti, valiente cristiano, salud te envía y consagra todas sus riquezas juntas y todo cuanto comanda, suplicándote que admitas de su mano aquesta gracia y, en recompensa, conozcas la injusticia declarada, con que ultrajando el derecho de tu gloriosa prosapia a un rey que cautivo fue (**Con energía**) reconozcáis por monarca.

En suma, invicto caudillo, se reduce mi embajada solamente a proponerte que me entregues esta plaza, con todas sus fortalezas, sus castillos y murallas, y en pago de esta fineza, y en nombre de mi monarca, os haré un partido honroso, conservaré vuestras casas, haciendo feliz tu suerte y ensalzando tu prosapia.

Mas, si intentas arrogante, por una falsa esperanza, defender ese castillo despreciando mi demanda, teme al poder de mi rey, a quien no igualó en pujanza el gran Ciro, con sus persas; Alejandro, con tan varias e innumerables naciones como conquistó su espada; Cartago, con sus valientes huestes con las que ha osado talar hasta las puertas de Roma, la fértil y hermosa Italia, y, en fin, a quien no igualó aquella



soberbia garza; Roma, bajo cuyo solio todo el orbe tributara el respetuoso homenaje que le impone su arrogancia.

Teme el rencor que me anima, teme el fuego que me abrasa, pues soy Nerón en la ira, fiero Atila en la venganza, fuerte Pirro en el valor y el grande Tarif..., que basta, pues sólo yo puedo ser retrato fiel de mi fama. **(Pausa)**

Qué, ¿no tiembles al ver mi pecho encendido en viva rabia?

¡Pues vive el luciente Febo!, que si un momento retardas en entregar esos fuertes, antes que las luces claras se sepulten presurosas en las espumas aguas del insondable Océano, he de asaltar esa plaza, **(Fuerte)** he de arrancar sus almenas, he de destruir sus casas, he de incendiar sus palacios, he de aplanar sus murallas y he de rociar sus calles con vuestra sangre villana, haciendo sea otra Troya esta tarde aquesta plaza, pues tan sólo con el Etna que exhala mi pecho en llamas, sabré incendiaros a todos, reduciendo esta comarca a cenizas que publiquen tu desdicha y mi alabanza.

No desprecies mi propuesta, no tardes en aceptarla, pues cual enroscada sierpe que a silbos aterra y pasma; cual sanguinario león a quien acosa la caza, y cual furibundo tigre sediento de sangre humana, sabré haceros más pedazos

que la sierpe tiene escamas, que al león pelos erizan y al tigre le cubren manchas.

Elige lo que quisieres: o rendirla, o entregarla sin quimeras ni disputas, o experimentar mi saña. No confíes en tu Dios **(Con sarcasmo)** ni en su ley que llamáis sacra, pues si en su gracia confías, cierta será tu desgracia.



JEFE.- Anda, ve, dile a tu rey que hago burla de su aviso, que desprecio su embajada y de su poder me río; que me suponen muy poco los Alejandro y Pirros, los romanos y los persas, cartagineses y ciro y todo el fausto pomposo del asiático dominio.

Que soy español y basta, y se tiene bien sabido desde el uno al otro polo que el español siempre ha sido entre todas las naciones respetado y aun temido.

Si esto le enfada y pretende conquistar este castillo, que venga él mismo en persona y que se traiga consigo todo el poder de Turquía, y verá entonces que si en campaña le miro, aunque le defiendan tantos escuadrones de morillos como reflejos esparce aque se blandón lucido, no dejará de ser muerto a mi acero, o prendido.

Esta es mi respuesta, moro; si es que acaso te he ofendido, cuerpo a cuerpo, lanza a lanza, en este campo florido, te aguardo, donde verás que sé cumplir lo que digo.

EMB.- ¡Mi embajada desprecia!

¿Pues a qué espera mi rabia? **(Con ira)** No habrá quien te 'favorezca; yo humillaré tu arrogancia, yo vengaré mi desprecio, a costa de tu desgracia.

Yo reduciré a cenizas el recinto de esta plaza; mas, ¿para qué me detengo en discursos ni en palabras cuando se me enciende el pecho y el corazón se me abrasa, al ver que gente tan vil desprecia así mi embajada?

Pues vive Alá, mi profeta, que esta tarde acreditada he de dejar mi opinión a costa de tu desgracia.

Pues aunque careciera de tantas huestes bizarras que no caben, por



ser tantas, en esta fértil comarca, sólo mi caballo y yo éramos bastante armada para sostener el lustre y el honor de mi monarca.

Pues cual airado león a quien acosa la caza, líbico tigre, que airado esgrime sus fuertes garras, hiena insaciable y sedienta de derramar sangre humana, me verás trepar osado aquesas fuertes murallas, penetrar cual rayo airado por sus débiles escuadras, esparciendo por entre ellas la muerte fiera y airada.

Y así aquesta lo dirá, (**Saca la espada**) que es el terror de la España, pues tan sólo con mirarla manejada por mi saña, basta para confundiros y reduciros a nada.

¡Ea, africanos valientes, (*Dirigiéndose* asaltar luego esa plaza, a sus tropas) haciendo que torreones, almenas, fuertes, murallas, palacios, jardines, templos, con sus numerosas casas arruinadas por el suelo, sirvan de alfombra a mis plantas!...

Y tú, valiente cristiano, si mi vista no te mata, en el campo del honor mediremos las espadas.

JEFE.- Basta, moro, no más, y si no te indemnizase de embajador el nombre, te aseguro que puede que llegase mi cólera y furor a tanto apuro que, entre mis fuertes y membrudos brazos, te hiciera, moro vil, dos mil pedazos.

Di a esa mísera gente que la espero, y verás tus medias lunas eclipsadas por el suelo.

EMB.- Pues muy en breve verás tu soberbia castigada. ¡Ea, fieros capitanes, desplegad ya la batalla!

Avancen los musulmanes con picas y cimitarras, arrollando cuanto encuentren.



La caballería bizarra de invencibles muzárabes corra toda la comarca, llevando ante sí el terror, la muerte, el susto, el miedo y la rabia.

Los valientes mamelucos, sin perdonar vida humana, talen, incendien, destruyan y arruinen cuantas propiedades hallen que pertenezcan a España.

JEFE.- Modera locas palabras, refrena tus locos dichos, que tu libertad se pasa a ser una desvergüenza muy punible y temeraria.

EMB.- ¿De esa suerte a mí me hablas? Me hablas con tal libertad (*Con desprecio*) porque el castillo te ampara.

JEFE.- (*Saca la espada*) También en medio del campo con la punta de la espada hablaré cuanto tú gustes.

EMB.- Pronto será.

JEFE.- Ea, marcha y ven luego, que te espero.

EMB.- Vendré a humillar tu arrogancia.

JEFE.- Vindrás a ensalzar mi honor.

EMB.- Vendré a vindicar mi fama.

JEFE.- Vindrás a ser tu ignominia.

EMB.- Aborrezco tanto orgullo.

JEFE.- Me fastidian tus palabras.

EMB.- Callemos, y en la ocasión sólo hablen las espadas.

JEFE.- Di a los tuyos: ¡guerra!, ¡guerra!

EMB.- Di a los tuyos: ¡al arma!, ¡al arma!





Centinela y Jefe moro, en el castillo.

Embajador cristiano, montado a caballo.

EMB.- Toque llamada el clarín a esa chusma y vil canalla.

(Tocan y contestan del castillo)

Supuesto que contestaron, toquen segunda llamada, y sepan que de Isabel llegó el día de la venganza. ***(Repiten los clarines) (Pausa)***

¡Ah del castillo! ¡Ah del fuerte!

CENT.- ¿Quién vive?

EMB.- ¡España!

CENT.- ¿Qué pretendes, cristiano?

EMB.- Vengo a dar una embajada al jefe de ese castillo; avísale, di que salga.

CENT.- ¿Aún insistís, infelices, en importunas demandas? ¿Aún no estáis desengañados? ¿Aún queréis pruebas más claras, testimonios más patentes, del poder de nuestras armas? Confesaos inferiores, humillad vuestra arrogancia, deponed vuestra soberbia, cese ya tanta jactancia; buscad otro domicilio, porque en Sax ya no hay entrada, pues necios la despreciasteis cuando con paz se os brindaba; vuestra inicua resistencia ha sido fomento y causa para que halléis al amparo de Sax las puertas cerradas.

EMB.- No es tu inspección, centinela, más que pasar la palabra. Cumple con tu obligación si sabes las ordenanzas. Di al jefe de ese castillo que le espero, porque, si no, a voces altas yo mismo le llamaré.
(Pausa)

¿Qué respondes, di, qué aguardas?



JEFE.- No te impacientes, cristiano, y mira que la desgracia va en pos de todos vosotros.

No es tiempo ya de esa insana e infatuada altivez; sí de venerar las altas vencedoras medias lunas y banderas otomanas.

EMB.- Es verdad, pero al vencido, nunca, señor, se le trata ni menos se le recibe con tal desprecio. La España trata a los embajadores como personas sagradas y como tales les mira; no un centinela, el monarca es quien les recibe afable, les venera y agasaja.

A más de esto, mi impaciencia procedía y dimanaba del deseo que tenía de ponerme a vuestras plantas y cumplir mi comisión.

JEFE.- Dila, pues, pronto.

EMB.- Escuchadla: (*Pausa*)

Doña Isabel, reina invicta, que justamente domina en uno y otro hemisferio por sus rápidas conquistas.

Dueña y señora de las fértiles provincias que bañan del Turia y Ebro las corrientes cristalinas y de las que riegan Tajo, Guadiana y Duero en Castilla.


A ti, capitán valiente, con su gracia te convida y un partido te propone en que tu fortuna estriba..

Tú, noble moro, bien sabes cuán sin razón ni justicia ha usurpado tu monarca esta desgraciada villa.

Bien conoces que no puede la majestad ofendida, mirar con indiferencia esta tan grande ignominia; y así, para castigar tan temeraria osadía, vienen marchando sus tropas causando estragos y ruinas.

Mas... antes que el fiero Marte los campos en sangre tiña





lamentando sus horrores la humanidad afligida, mi generoso monarca en tu prudencia confía; le entregarás esta plaza con los fuertes y la villa, quedando vuestras personas, bienes, casas y familias, bajo de su protección benigna y grata acogida. Mas... si imprudente desprecias el favor con que te brinda, te prometo en su real nombre, que has de llorar tu ruina.

Teme al valor de sus tropas, pues cual furibundas hidras van vomitando venganza, estragos, crueldades e iras.

Mira aquestos escuadrones terror de la Berbería, fieros leones armados de militares insignias; mira su tren formidable que prepara tu ruina al fuego devorador que aborta su artillería. Los invencibles soldados que mi reina me confía, vienen todos inflamados de una rabia vengativa; repara bien que si aguardas a que furiosos embistan, ese brillante planeta que a todo el mundo ilumina, no habrá visto en su carrera tan cruel carnicería.


Valiente, no; temerario serás si bien lo meditas, que donde falta prudencia no cabe valentía.

Esto es, Bajá, a lo que vengo, y a lo que Isabel me envía; entrega, pues, esa plaza si no quieres que a tu vista trepe mi gente al asalto y todo sea ruina; no lo dudes, pues me ampara la protección de **María** y del glorioso **San Blas**, Patronos de aquesta villa.

JEFE.- Con gran prudencia, cristiano, oí tu embajada altiva, dictada por la arrogancia más que por la valentía; mucho pudiera decirte en respuesta a tu osadía, mas tengo poca paciencia para escuchar injusticias.

Di a tu reina no sea loca, que de su empresa desista, que el crédito de





sus armas a la mayor ignominia expone, si osada intenta de esta plaza la conquista; que no temo su poder ni sus fuerzas me intimidan, que hablar poco y obrar mucho es la mayor valentía; ni su furor ni pujanza, ni su rencor ni osadía, me hará apartar de mi ley, ni obligarme a que desista de cumplir con mi deber y defender mi justicia. Dile, en fin, que soy soldado y sabré arriesgar mi vida en defensa de mi rey, de su trono y monarquía. Y puesto que me amenazas con que esta verde campiña ha de horrorizar al mundo en sangre mora teñida, dile que en ella le espero, donde verás abatida y avasallada a mis pies, toda tu soberanía.

Y tú, valiente cristiano, si mi respuesta te irrita y con soberbia arrogancia a satisfacer aspiras, cuerpo a cuerpo, lanza a lanza, te espero en esta colina.

Entra conmigo en combate y pronto verás vencida por mi irresistible acero tan temeraria osadía.

Esta es mi respuesta en suma; si prudente la meditas admitiendo mi consejo, evitarás tu ruina; mas... si osado la desprecias y ciego te precipitas, te verás en breves horas sepultado en tu ignominia; válete de la prudencia y tu ejército retira, no des lugar a que airado en vista de tu osadía, saque mi gente a campaña y experimentes mis iras.

¡Pues vive Alá!, que mi brazo armado de esta cuchilla, **(Saca la espada)** es capaz de devorarte y reducirte a cenizas; y así sabes que desprecio tus amenazas altivas, porque sé que muchas veces la arrogancia es cobardía.

EMB.- Supuesto que tan soberbio mis ofertas desestimas, yo te juro por mi nombre, por mi patria y ley divina, que antes que se oscurezca



he de asaltar esa villa **(Fuerte)** he de arrancar sus almenas, he de incendiar la campiña y, si a las manos llegamos, verás tu altivez rendida; esta plaza restaurada, mi gloria restablecida, triunfante la cristiandad y abatida la morisma.

No fies en tu poder, que antes que termine el día ha de ser Troya esta plaza y a cenizas reducida; no blasones de arrogante, pues soy Nerón en la ira, y con esta noble espada que a mi lado ves ceñida sabré haceros conocer del español la osadía; el sol se oscurecerá, la luna verás no brilla, Casas, palacios, jardines, torres, fuertes, templos y otras maravillas usurpadas a mi reina, hoy las has de ver rendidas.

JEFE.- Pues en campaña te espero, do experimentarás mis iras.

EMB.- Yo castigaré tu audacia, vertiendo tu sangre indigna y de cuantos te acompañan, pues mi corazón palpita en furor, rabia, veneno e ira; toda esta brillante plaza verás pronto convertida en estragos que publiquen mi furor y tu osadía, pues la llama de mi pecho es tan ardiente y altiva, que cual volcán, desde luego, os convertirá en ceniza. **(Pausa).**

¿Quieres, pues, verlo? Atención:

¡Al arma, al arma, milicias, fórmense los escuadrones y al fuerte al momento embistan!

Rompa el tambor, toquen marcha las cornetas que horrorizan, den señal los cazadores y divídanse en guerrillas; salgan luego los dragones, marche la caballería arrollando cuanto encuentre, avance la infantería hasta que todo se rinda, para que no quede rastro ni indicio de la morisma.



¡Animo, ánimo, españoles, pues nos ha llegado el día de recobrar nuestra fama con tan gloriosa conquista!...

JEFE.- Sella tu labio, y no tan presumido des por hecho lo que la suerte de las armas ha de dar por decidido:

Vuestra fatua arrogancia me lo ha enseñado.

EMB.- Yo apoyo mi arrogancia en Jesucristo.

JEFE.- Es un falso profeta.

EMB.- ¡Ah, blasfemo! Teme los castigos de su poder invicto e insuperable.

JEFE.- ¡Al arma!, ¡al arma!, soldados míos, y experimenten los cristianos de nuestro acero el agudo filo.

EMB.- Valientes campeones: ¡Viva España! y defendamos la fe de Jesucristo.

